

CAPITULO XX

Más desventuras de los filibusteros

Mientras el filibusterismo disparaba en Rivas sus últimos cartuchos, la atención pública se había fijado de nuevo en Sonora. Hacia allá iba otra expedición californiana. Era el líder Henry Crabb, cuyo nombre ha figurado en estas páginas. Crabb, originario de Nashville, Tennessee, había sido condiscípulo de Walker. Se graduó de abogado y comenzó a ejercer en Vicksburg, Misisipí. En 1848, en el curso de la campaña presidencial, tuvo un altercado en un mitin político con un hombre apellidado Jenkins, Director del **Sentinel**, y al otro día, al encontrarse ambos en la calle, volvieron a discutir y terminaron baleándose; del lance resultaron herido Crabb y muerto Jenkins. Crabb fue procesado por homicidio y luego absuelto. Poco después se trasladó a California en una caravana de buscadores de oro. Se estableció en Stockton donde reanudó su carrera de abogado y al poco tiempo fue electo procurador de la ciudad. En 1852 era miembro de la cámara legislativa del estado y en los dos años siguientes fue senador del estado. En 1855 se afilió al partido "Know-Nothing" (+) y fue postulado para senador de Estados Unidos, pero se retiró de la lucha cuando se vio perdido. (1).

(+) Partido secreto político que tuvo su apogeo entre 1853 y 1856. Tenía como lema negar empleo gubernamental a todo aquel que no fuese nacido en Estados Unidos, y hacía la guerra a los católicos. Estos "no-sé-nada" decían no tener conocimiento de las actividades de su partido; de ahí su denominación. (N. del T.).

(1) *Casket of Reminiscences*, Págs. 385 - 7, por H. S. Foots, (Washington, 1874; y *Bench and Bar of the South and Southwest*, Pág. 144 (St. Lous. 1876; O'Meara, Broderick y Gwin, Págs. 47 - 8; *Reminiscences of a Ranger*, Pág. 217, por Bell; *History of California*, Vol. III, Pág. 806 y siguientes, por Hittell.

Decepcionado de la política, Crabb comenzó a buscar dónde volcar el sobrante de sus energías. Al igual que Walker, se interesó tan vivamente en los planes de los franceses en Sonora que en octubre de 1853 tomó pasaje en el bergantín **Caroline** que iba de San Francisco a Guaymas; quería echarle un vistazo al país. Se había casado con la hija de un español de Manila, Islas Filipinas, de apellido Aínza. Esta familia, radicada en Sonora, había sido en un tiempo bastante acaudalada, pero habiéndose empobrecido a causa de revoluciones y confiscaciones, emigró a California en calidad de refugiados. El viaje de Crabb tenía como fin ver la manera de conseguir la restitución de las propiedades de los Aínza. Sucedió, sin embargo, que el **Caroline** era barco contratado por Walker para llevar sus filibusteros a Baja California, y cuando la heterogénea multitud de esos aventureros subió a bordo, Crabb pensó que si llegaba a Sonora en semejante compañía fracasaría en sus gestiones. En consecuencia, bajó su equipaje y pospuso su viaje para una ocasión más propicia. (1).

Pasado algún tiempo Crabb partió al Este de Estados Unidos, y al cruzar por la vía de Nicaragua —según vimos en el Capítulo VIII— concibió la idea de llevar a ese país tropa californiana a tomar parte en la lucha empeñada entre legitimistas y democráticos. En su viaje de regreso a California le acompañaban C. C. Hornsby y Thomas F. Fisher, a quienes indujo a incorporarse a la empresa. Por mediación de Fisher firmó un contrato con Jerez para llevar quinientos hombres a Nicaragua, pero cuando Crabb llegó a California le tentó la idea de hacerse elegir senador de Estados Unidos, y viendo en esa coyuntura la posibilidad de alcanzar ahora su ambicionada meta, abandonó su propósito filibustero para lanzarse de nuevo a la política. El contrato que tenía con Jerez se lo ofreció a su amigo Walker; pero éste prefirió el que Cole había firmado con Castellón. A la influencia de Crabb debióse en parte que Walker y sus hombres se embarcaran en el **Vesta** para Nicaragua.

(1) *Alta California*, 21 de octubre de 1853.

Su nueva incursión en la política produjo a Crabb desilusiones y humillación únicamente, y las noticias del éxito de Walker en Nicaragua le provocaron otro ataque de fiebre filibustera. A Nicaragua no podría ir sino como subordinado de Walker; Sonora, en cambio, seguía pidiendo la llegada de un "regenerador", y su matrimonio con una mujer de familia sonorensa le ataba con fuerza a los intereses de esa región. De consiguiente, a principios de 1856 se organizó un grupo colonizador de unas cien personas, ex-sonorenses en su mayoría, con los cuales partió Crabb a México. Acompañábanle su esposa y varios familiares de ella, lo cual daba a la empresa visos que no eran de filibusterismo. Cuando hubieron llegado todos a Los Angeles, la mitad se desalentó ante la perspectiva de un tedioso viaje a través del desierto, y abandonaron el intento; pero el resto cruzó la frontera. Encontraron Sonora en su estado normal de turbulencia; contra el Gobernador Gándara se había alzado en armas Ignacio Pesquiera. Los insurgentes pidieron ayuda a Crabb ofreciéndole incentivos para que pudiera llevar colonos al país, y le manifestaron el deseo de que una vez obtenida su independencia, Sonora fuese anexada a Estados Unidos, pero que para poder realizarla consideraban indispensable efectuar antes la colonización americana.

Crabb regresó a California en el otoño preñada la mente de un vasto plan de colonización, pero estando la ciudadanía demasiado inmersa en la campaña de las próximas elecciones presidenciales para prestar atención a su proyecto, se vio obligado a posponer por varios meses su intento de realizarlo. En el interín, las dos facciones habían hecho las paces olvidando sus rencores. Ahora, considerando Pesquiera que la invitación hecha a los americanos le perjudicaría ante el gobierno con el cual ya estaba en paz, quiso purgar su pecado de deslealtad acusando de ser filibusteros a los mismos hombres que había querido llevar al país. (1).

(1) House Ex. Doc. Pág. 64, 35 Cong., 1 Sess.

Disipada en California la excitación política, Crabb comenzó a organizar lo que llamó "Compañía Colonizadora de Arizona", y muchos señalados políticos californianos apoyaron la empresa. En enero de 1857 se reunieron en asamblea en el pueblo de Sonora, condado de Tuolumne, unos cincuenta o sesenta expedicionarios, los que el 20 de ese mes se dirigieron a San Francisco donde les esperaba otro contingente. Juntos todos (sumaban unos cien individuos) tomaron un barco hacia San Pedro, a donde llegaron el 24. De allí siguieron hasta el Monte, condado de Los Angeles, donde se pasaron una semana comprando bestias, carros y provisiones. El 27 de febrero llegaron a Fort Yuma; y allí se estuvieron otra "reclutando animales".

La compañía se organizó militarmente, y durante su permanencia en Fort Yuma hacían a diario los ejercicios de rutina y también montaban guardia; los oficiales ponían esmero en mantener una férrea disciplina. Crabb era el General en Jefe; R. N. Wood, su ayudante de campo, era ex-miembro de la legislatura estatal de California, y en ese mismo estado había sido uno de los electores de la nominación de Fillmore; T. D. Jones, con el cargo de Jefe del Cuerpo de Artillería, era graduado de West Point, y había sido teniente del ejército regular; el Doctor T. J. Oxley, Jefe del Cuerpo Médico, había pertenecido al partido "Whig" y figuró como líder de los "Know-Nothing" y fue también miembro de la legislatura; J. C. Crosby, con grado de General de Brigada, seguía siendo miembro del senado estatal; William H. McCoun, el Jefe Superior de Administración Militar, era también ex-legislador de California; y Henry P. Watkins, ex-socio del bufete de abogacía de Walker y colaborador en la "regeneración" de Sonora, tenía el cargo de Intendente del Ejército.

A principios de marzo Crabb y su gente salieron de Fort Yuma hacia Sonora tomando el camino del desierto. El 25 llegaron al poblado de Sonoyta, al borde de la frontera de México. El Alcalde del pueblo notificó en el acto al Prefecto de

El Altar que los hombres iban armados de dagas, revólveres, y rifles, pero que se habían comportado respetuosamente con las familias, las personas y la propiedad. La noticia de que iban en camino la sabían ya las autoridades mexicanas, y se disponían a resistirlos. En su llamamiento a los sonorenses el Prefecto de El Altar instábales a tomar las armas contra "los bandidos". Ignacio Pesquiera, Vice-gobernador del estado y General en Jefe de las fuerzas de la frontera, hizo más que el mismo Herodes en querer demostrar su lealtad y su rotunda execración de los hombres a quienes antes indujera a invadir Sonora. En una engolada proclama pedía: "Volemos a castigar, con toda la furia que a duras penas pueden contener nuestros corazones llenos de odio, a la opresión, a los salvajes filibusteros que en mala hora intentan hollar el suelo patrio y provocar ¡insensatos! nuestra ira. ¡Ni piedad ni sentimientos generosos para con esa chusma! ¡Que mueran como bestias salvajes quienes pisoteando la ley de las naciones y despreciando el derecho de gentes y todas las instituciones sociales, se atreven a invocar como su única norma la ley de la selva, y a valerse sólo de la fuerza bruta". (1).

La hostilidad demostrada por las autoridades pareció sorprender mucho a Crabb, quien apenas llegó a Sonoyta se presentó ante el custodio del pueblo dándole palabra de sus buenas intenciones, y protestando al mismo tiempo contra los actos hostiles y acusaciones lanzadas contra él. También escribió al Prefecto de El Altar manifestándole que él y su gente había llegado en conformidad con las leyes de colonización de México inducidos por muy influyentes ciudadanos, "con miras a fundar hogares más felices con ustedes y junto a ustedes". A la gente que llevaba, añadía, se agregarían novecientos hombres más. Sus propósitos eran "simplemente pacíficos", ajenos a ideas hostiles. Cierto era que iban armados, cosa usual cuando se tienen que atravesar regiones infestadas de indios bravos; y grande era su sorpresa al ver que las autoridades tomaban una actitud bélica

(1) House Ex. Doc. 64, 35 Cong., 1 Sess.

amenazándolos con envenenar los pozos, e incitando a los indios en su contra. Terminaba su carta con la advertencia de que "si ha de verterse sangre, con todos sus horrores, sea usted el responsable, no yo". (1).

Crabb se estuvo sólo dos días en Sonoyta y luego siguió rumbo a Caborca, pequeña ciudad cercana a Punta Lobos, en el Golfo de California. A eso de las ocho de la mañana del 1º de abril, estando a media milla de la ciudad y yendo descuidados por los trigales, los filibusteros recibieron una repentina descarga de mexicanos emboscados. Continuaron avanzando sobre la ciudad al tiempo que respondían al fuego; los mexicanos los acosaban por los flancos. Pudieron tras una hora de lucha guarecerse en unas casas de adobe mientras los mexicanos se hacían fuertes en la iglesia de enfrente. En el encuentro murieron dos de los filibusteros y dieciocho resultaron heridos, tres de los cuales fallecieron la noche siguiente. Unas horas después de haber entrado en las casas, Crabb y otros de los suyos arremetieron a través de la calle con un barrilito de pólvora en intento de volar las puertas de la iglesia. Fracasaron; murieron varios, y algunos, junto con Crabb, quedaron heridos. Estaban los americanos estrechamente cercados cuando el 6 de abril una flecha encendida prendió fuego al techo de su casa. Hicieron los sitiados estallar un barrilito de pólvora bajo el techo de paja en llamas con el propósito de apagar el fuego. Habiéndoles fallado esto también, Crabb hizo propuestas de paz.

Poco antes de las once de la noche enviése un hombre a la iglesia bajo bandera de tregua. No se le permitió volver, pero desde allí llamó a sus compañeros diciéndoles que Gabilondo, el jefe, les prometía enviarlos a El Altar para ser juzgados conforme a las leyes si salían todos de la casa uno por uno dejando sus armas adentro. Luego Crabb hizo que su cuñado, un hispanoamericano apellidado Cortlezón, entablara a larga distancia pláticas de paz con Gabilondo. El

(1) House Ex. Doc. 64, 35 Cong. 1 Sess. Págs. 29 - 30.

militar mexicano hablaba desde el campanario de la iglesia y Cortlezón desde la puerta de la casa de adobes. Volvió a prometer Gabilondo un juicio ajustado a la ley, y Crabb dijo a Cortlezón que preguntara cómo iban a ser tratados los heridos. Gabilondo respondió que tenía un buen médico para atenderlos. Hecha esta promesa Crabb resolvió rendirse, bien que algunos de sus hombres desconfiaban de la promesa mexicana. Los americanos atravesaron de uno en uno la calle dejando sus armas en la casa, y apenas entraban en la iglesia eran amarrados y llevados al cuartel. Se separó a Crabb de sus hombres y no le permitieron comunicarse con ellos. A la una de la mañana del 7, a dos horas justas de su rendición, se presentó un sargento con un papel que comenzó a leer en español y Cortlezón a traducir al inglés. El papel decía que al amanecer todos serían pasados por las armas.

La sentencia se ejecutó pocas horas después. Los fusilaron en grupos de cinco y diez. Los soldados destinados a esa tarea estaban tan nerviosos y les temblaba tanto el pulso que a la primera descarga caían más filibusteros heridos que muertos. Los estertores de los heridos los ponían más nerviosos todavía. Entonces voltearon a los prisioneros de espaldas para que los soldados no tuvieran que mirar las caras de los hombres a quienes estaban tirando; así pudieron hacer mejor su trabajo. A Crabb se le aplicó un tratamiento especial. Se le amarró con la cara vuelta a un poste frente a la casa que había ocupado, y le ataron las manos bastante más arriba de su cabeza. Se dice que le dispararon cien tiros a su cuerpo que maniatado quedó colgado. Cortáronle la cabeza, y después de exhibirla varios días en el pueblo la conservaron en mezcal como macabro trofeo de su victoria sobre los filibusteros americanos, y en prueba de lealtad de los pesquieristas al gobierno. Los mexicanos dejaron los cadáveres podrirse al sol, y se jactaron de haber cebado a sus cerdos con carne de americanos. Y también Gabilondo se jactó de haber cumplido su palabra de ponerles un buen médico. La masacre fue sin duda instigada por Pesquiera, quien

para entonces se enfrentaba de haberse relacionado con Crabb; bien sabía que los muertos no hablan. Con los filibusteros iba un muchacho de catorce años llamado Charles Edward Evans. Le perdonaron la vida y reveló la historia. Gabilondo lo llevó a su casa en donde lo tuvo de sirviente hasta que el vice-cónsul americano en Mazatlán pudo obtener su libertad. (1).

Según la versión mexicana, los hombres de Crabb se rindieron a discreción, pero aún cuando esto fuese cierto, la matanza de los prisioneros no tiene justificación. Concediendo que esos hombres fueran bandidos o piratas, el hecho en sí no es razón suficiente para que sus captores los fusilaran en el mismo lugar de los sucesos. Eso fue igual que lincharlos, y es en verdad extraño que un historiador americano justifique tal hecho. (2). El fusilamiento de Crabb y sus compañeros conmovió hondamente los sentimientos en Estados Unidos, sobre todo en California en donde el líder y sus principales asociados eran muy conocidos y estimados, y en donde en cambio los mexicanos eran cordialmente detestados. El Ministro Forsyth pidió al gobierno mexicano efectuar una investigación de los hechos y castigar a los responsables de tan inicua medida, pero la característica demora de las tramitaciones en la América Hispana hizo que el asunto se estancara para siempre en los cenagales de la diplomacia.

No cabe duda, desde luego, de que Crabb llevaba en mente desarrollar algo más que una simple empresa de colonización. Lo que en verdad quería era emular las hazañas de Sam Houston y de Walker en Nicaragua. El periódico **San Joaquin Republican**, publicado en Stockton, donde en un tiempo vivió, decía después de dar cuenta de su muerte: "Nadie que conozca la integridad de los hombres que organizaron y dirigieron la empresa podrá jamás creer que sus propósitos fueran infames o sórdidos . . . Creemos que ni su

(1) House Ex. Doc. 64, 35 Cong., Sess. I.

(2) **North Mexican States and Texas**, Vol. II, Págs. 694 - 5, por H. H. Banco Bancroft (San Francisco, 1889).

más acérrimo enemigo podrá decir que hay o ha habido en California un hombre de más limpia reputación que él". (1). Aunque valiente, honrado y resuelto, Crabb no tenía la fibra de que están hechos los verdaderos filibusteros. Walker y Henningsen se vieron a menudo en más precaria situación que los hombres de Caborca, sobre todo en la primera y en la segunda batalla de Rivas y en el sitio de Granada, y siempre salieron adelante. El haberse fiado de las promesas mexicanas habla bien de su corazón, pero no de su cabeza.

Volvamos a Walker, a quien dejamos a bordo de un barco de guerra americano en San Juan del Sur. De ese puerto el filibustero y su Estado Mayor caído fueron llevados en el **Saint Mary** a Panamá, de donde siguieron a Estados Unidos; llegaron a Nueva Orleans el 27 de mayo. Allí fueron recibidos entusiastamente. Tan pronto como Walker bajó del pasamano sus simpatizadores lo alzaron en hombros llevándolo al coche que lo esperaba. La excitada multitud le siguió en procesión hasta el Hotel Saint Charles, desde cuyo balcón se vio obligado a hablar. El gentío, negándose a dispersarse, le pidió con tanta insistencia que hablara otra vez, que al fin bajó a la rotonda, se subió a una mesa, y volvió a hablar. Celebróse un mitin público el 29 por la noche en la "tierra neutral" de la calle Canal. (2). Walker y su Estado Mayor subieron a un tablado decorado con la bandera de las barras y las estrellas y de su bandera de Nicaragua. El general filibustero habló durante dos horas; hizo un resumen de su carrera en Nicaragua, defendió su actuación, y rindió tributo de admiración a los hombres que lu-

(1) **San Joaquin Republican**, 17 de mayo de 1857.

(2) Una señora de Nueva Orleans, Mrs. V. E. McCord, compuso un poema a Walker cuando éste llegó a la ciudad. La composición carece de valor literario, pero la última de sus quince estrofas es interesante porque expresa la idea que el americano común y corriente tenía de los planes de William Walker:

¡Salve a tí, Paladín! Corone el cielo
tu frente de caudillo nacional
y vea pronto volar sobre el mar
al águila emblemática
llevando en su pico un ramo
del árbol americano.

charon contra él. (1). De Nueva Orleans siguió a Memphis, de allí a Louisville, en donde visitó a su hermana la señora de Richardson, luego pasó a Cincinnati y por último a Washington. El 12 de junio, previa cita, fue recibido por el Presidente Buchanan, y tres días después le expuso por escrito su caso contra el Capitán Davis, protestando especialmente por la aprehensión del **Granada**. (2).

Walker llegó el 16 de junio a Nueva York. Un comité de simpatizadores lo recibió en Amboy y cruzando la bahía llegaron a Battery Park, donde bajo un aguacero pronunció un discurso. La noche siguiente asistió al Teatro Wallack, ocupando un palco con Henningsen y su esposa. Al entrar ellos, la orquesta tocó "¡Hail, Columbia!", y Walker se vio obligado a hablar desde su palco. Una muchedumbre de curiosos lo acosaba de tal manera que tuvo dificultad en salir del teatro, y al llegar a su hotel una banda le puso una serenata. A nadie más que a él contrariaban semejantes demostraciones, y tanto que para poder descansar desocupó el hotel y se retiró a un lugar apartado donde sólo sus íntimos podían visitarlo. Henningsen, quien había salido de Colón directamente a Nueva York, fue recibido con más afectuosidad aún que su jefe. (3).

Pero el culto rendido al héroe en Nueva York no había de durar. Las muchas críticas que Walker hiciera a Davis no fueron bien recibidas por la ciudadanía que veía en el oficial de marina al salvador del filibustero. Además, el **Wabash** llegó en seguida repleto de desdichados cuya terrible indigencia, padecimientos, y desamparo total fueron ampliamente descritos, y tal vez hasta con exageración, por los diarios y revistas. Muchos relatos de esos hombres daban cuenta de la indiferencia y las crueldades de su líder; y esto adquirió más vivos colores cuando se supo que Walker ni si-

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 208.

(2) *States*, de Washington, 17 de junio de 1857.

(3) *Herald*, de Nueva York, 17 y 19 de junio de 1857; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 202.

quiera visitó a los que tanto habían sufrido peleando por su causa, ni jamás hizo nada por aliviar su situación. Más bien sucedió lo contrario: tres días después de haber llegado ellos a Nueva York él salió apresuradamente rumbo a Charleston. De aquí partió a su casa de Nashville cruzando en cortas etapas el estado de Georgia, y luego llegó a Mobila donde ya habían comenzado los preparativos de una nueva expedición a Nicaragua. En agosto habló la prensa de una organización denominada "Liga Centroamericana", con ramificaciones en todas las grandes ciudades de Estados Unidos, creada con el fin de organizar y equipar una segunda expedición en escala mucho más grande que la primera. Walker no ocultaba su propósito de regresar a Nicaragua, y Henningsen, al despedirse de Lockridge en Nueva York, le dijo afirmativamente: "Nos veremos otra vez en Filipos". (+). Al llegar el otoño, Henningsen en Nueva York, Waters en Misisipí, y Rogers en Nueva Orleans, fueron vistos como sospechosos de ocuparse activamente en el enganche de voluntarios y en la compra de armas. (1).

El conocimiento de estos hechos y rumores hicieron que Irisarri y Molina dieran cuenta al Secretario de Estado Cass de la expedición que se planeaba, así como de las colectas que ellos creían se estaban haciendo en Nueva York para comprar armas; por consiguiente, rogaban al gobierno americano impedir el desembarco de tal expedición en cualquier puerto de la América Central en caso de que no pudiera evitarse su salida de Estados Unidos. (2). Inmediatamente Cass envió una circular a todos los jefes de policía de Estados Unidos, a los fiscales de distrito, y a los administradores de aduana de los estados litorales, poniéndolos en autos de

{+} De Shakespeare, JULIO CESAR, Acto IV, Escena III: "Casio. Entonces vamos, como deseáis. Nos pondremos en marcha y los encontraremos en Filipos". Filipos, ciudad de Macedonia, en los confines de Tracia, no lejos del mar. En la llanura que rodea la ciudad de ese nombre en el año 42 antes de C., se libró la batalla llamada de Filipos entre las fuerzas de Bruto y Casio por una parte y las de Octavio y Marco Antonio por otra. La batalla se prolongó por varios días y terminó con la derrota y la muerte de los primeros. (N. del T.).

{1} **Herald**, de Nueva York, 14 de diciembre de 1857.

{2} Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Notas, América Central, II.

la proyectada expedición, y encareciéndoles el rígido cumplimiento de la ley. Terminaba instándoles a remitir rápidamente al Departamento de Estado cualquier informe que obtuvieran sobre dicha expedición. El Secretario de Marina expidió las mismas órdenes a los capitanes de barcos en aguas centroamericanas. Las autoridades de Mabila y Nueva Orleans acusaron recibo de la comunicación de Cass, pero no remitieron ningún dato referente a expediciones filibusteras. El Fiscal Federal de Nueva Orleans, no obstante, notificó a Cass que dado caso saliera de ese puerto una expedición no habría manera de impedirlo, pues la fuerza naval de allí era completamente inadecuada. Cass transmitió en el acto la nota al Secretario de Marina, Isaac Toucey, quien ordenó al **Fulton** recalar en Mabila y Nueva Orleans antes de zarpar hacia aguas centroamericanas. No fue éste un método muy eficaz para suprimir el filibusterismo, pero era más o menos todo lo que la Secretaría de Marina podía hacer con las fuerzas de que disponía.

El 30 de octubre el fiscal federal en Nashville participó a Cass que no cabía duda del reclutamiento de gente en su distrito, y que ya había hecho comparecer ante el juez federal a personas supuestamente sabedoras de los planes de Walker, pero que no había podido reunir suficientes pruebas para entablar acusación contra ellas. Las actividades de los partidarios de Walker han disminuido últimamente, decía, y la expedición sin duda ha sido abandonada o su salida pospuesta. Diez días después llegó noticia de Charleston, Carolina del Sur, respecto de que un ex-capitán de Walker, J. T. Mackey, tenía lista una compañía de cien hombres en la región septentrional del estado, la cual llegaría a Charleston para sumarse a otra compañía de Savannah. El Fiscal de Distrito de Charleston decía estar aguardando el momento en que se juntaran para efectuar detenciones. (1).

Cuando Toucey ordenó al **Fulton** entrar en Mabila y Nueva Orleans de paso para las costas de la América Cen-

(1) House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess., 13, 14.

tral, dio instrucciones a su comandante, Teniente de Navío John J. Almy, de informar al Departamento todo lo que pudiera averiguar en esas ciudades sobre la probable salida de filibusteros. Las instrucciones dadas a Almy incluían también las que ya tenían los demás oficiales de marina en aguas del Caribe referentes a la aplicación de la ley de neutralidad. Estas recomendaciones eran ambiguas, pues iban dirigidas primordialmente a las autoridades civiles de los puertos estadounidenses, así que Almy, antes de partir, pidió por escrito se le dijera de manera concreta cómo debía ejecutarlas. Lo que él preguntaba debe haber estado también en la mente de todos los oficiales estacionados en puertos centroamericanos. Puesto que la ley de neutralidad es aplicable únicamente en los puertos de Estados Unidos o los comprendidos dentro de su jurisdicción, ¿podía él apoderarse de un puerto extranjero de un barco sospechoso —preguntaba— o sólo debía impedir el desembarco de sus pasajeros? Y en seguida ¿qué debía hacer en caso de que los pasajeros alegaran ser viajeros con destino a San Francisco o simplemente colonizadores pacíficos? La respuesta de Toucey no fue muy explícita: los oficiales de marina, era su respuesta, no deben actuar arbitrariamente ni basarse en simples presunciones, y han de tener cuidado de no intervenir en cuestiones de legítimo comercio; pero si se tratara de un barco dedicado a actividades filibusteras debían emplear la fuerza bajo su mando para impedir el desembarco de hombres y de armas. (1). A decir verdad, el estacionamiento de barcos de guerra en puertos extranjeros para hacer cumplir las leyes de Estados Unidos, era un procedimiento tan anómalo que ningún funcionario del gabinete habría podido dar indicaciones concretas respecto de lo que en tal caso debía hacerse.

Llegado que hubo a Mobila, Almy oyó rumores de una expedición filibustera, pero no eran lo suficientemente positivos como para que pudiera él tomar cartas en el asunto. Observó sí una simpatía general en favor del movimiento, y

(1) Senate Doc. 13, 35 Cong., 1 Sess.

también que se tenía la impresión de que Washington lo toleraría. El trató de borrar dicha impresión, pero la ciudadanía hacía hincapié en el muy repetido decir de Cass respecto de que los americanos podían en cualquier momento emigrar llevando sus armas consigo. Si bien pudo observar que toda la gente simpatizaba con los filibusteros, notó asimismo que los apuros económicos que entonces pasaban eran tan agobiantes que la empresa estaba a punto de zozobrar. (1). De Nueva Orleans envió Almy el 1° de noviembre un informe similar. La crisis económica, advertía, era tal allí que el entusiasmo filibusterista se había debilitado grandemente y prevalecía la creencia de que ninguna expedición podría salir antes de un año. Walker permanecía en la ciudad, pero parecía relativamente quieto, y los filibusteros violentos que vivían exteriorizando sus opiniones en la prensa y causando agitación, eran sólo violentos de palabra y pluma. (2).

El oficial de marina no indagó como debía. Porque, al momento de escribir su informe, los preparativos para el regreso de Walker a Nicaragua llegaban ya casi a su fin. Las autoridades civiles federales del puerto estaban más al tanto de la situación, de ahí que el 10 de noviembre fuera detenido Walker bajo acusación de infringir la ley de neutralidad. La detención tuvo efecto poco antes de media noche en su alojamiento de la Calle de la Aduana; de allí fue conducido al Hotel Saint Charles, donde el Juez de Distrito lo esperaba para intimarlo a comparecer al día siguiente por la mañana en el juzgado. Y allí se presentaron también Pierre Soulé y el Coronel S. F. Slatter, el primero en carácter de asesor y el segundo como fiador. Dejóse en libertad a Walker hasta para la mañana siguiente que se vería su caso; Slatter lo afianzó por la suma de dos mil dólares. Compareció Walker a la hora indicada y otra vez se le dejó en libertad para que volviera a comparecer el 19, día en que se le enjuiciaría. El

(1) Esto ocurría en medio del pánico financiero de 1857.

(2) Manuscritos; archivos del Departamento de Marina, Cartas de los oficiales, noviembre de 1857.

Fiscal de Distrito pidió al Juez elevar la fianza a Walker, pero la solicitud fue denegada.

El arresto de Walker se debió en parte a un telegrama procedente de Nueva York que los periódicos de Nueva Orleans publicaron; decía que en el curso de la semana saldría de esta última ciudad una expedición a Nicaragua. Antes de aparecer esa noticia pocos eran en verdad los que sabían de la presencia de Walker en Nueva Orleans. Las autoridades federales se reunieron en consulta a las diez de la noche del 10, y resolvieron arrestarlo. Acentuáronse sus sospechas al saber que el vapor **Fashion**, surto en la bahía, había recibido gran cantidad de provisiones. Hasta muy recientemente este buque-transporte había sido propiedad del gobierno; luego por una suma irrisoria pasó a manos de J. G. Humphries, de quien se sospechaba era amigo de Walker. Su día y hora de salida de Mobila para San Juan del Norte, como barco de pasajeros de la Compañía de Vapores Mobila y Nicaragua, fueron anunciados públicamente: de ahí que las autoridades federales lo tuvieran estrechamente vigilado. Enteradas éstas de que la tripulación y cargamento estaban ya a bordo, procedieron a arrestar a Walker. El **Fashion** fue registrado, pero al no encontrarse nada en él no se le detuvo; de modo que pocas horas después del arresto de Walker levó anclas y zarpó río abajo hasta Mobila. A la tarde siguiente Walker, a pesar de estar bajo fianza, se embarcó con su Estado Mayor y gran número de partidarios en un paquebote rumbo a Mobila, y llegado allí abordó el **Fashion**, fondeado a cierta distancia de la bahía. Para salir de Nueva Orleans sin despertar sospechas, sus hombres abordaron el paquebote en pequeños grupos y por diversas vías.

Tan pronto como se supo que Walker había salido de Nueva Orleans, el Fiscal de Distrito Clack puso al tanto del hecho a Cass participándole al mismo tiempo que nada podían hacer las autoridades por falta de un vapor para perseguir a los filibusteros hasta donde se suponía que iban. (1).

[1] House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess, 14.

Al mismo tiempo pidió al Fiscal de Distrito de Mobila vigilar al **Fashion** en caso de que llegara a ese puerto. Al darse cuenta Cass de la evasión de Walker telegrafió a Clack ordenándole tomar un vapor y con el Jefe de Policía y fuerzas suficientes dar alcance al **Fashion**; pero el mensaje, por una razón u otra, nunca le fue entregado. Ahí terminaron las actividades federales de Nueva Orleans. En Mobila las autoridades federales fueron más indulgentes. El Fiscal de Distrito, al recibir el mensaje de Clack, remitió el caso al Administrador de la Aduana, Thaddeus Sandford, quien ordenó registrar el barco. El registro fue pura farsa; en el cargamento no vieron nada sospechoso, y los 250 pasajeros pasaron por emigrantes comunes y corrientes. De modo que se permitió al barco zarpar hacia San Juan del Norte, por más que se daba por seguro que Walker iba en él. (1). Por no haber detenido al **Fashion**, Howell Cobb, Secretario del Tesoro, reprendió severamente a Sandford. El Administrador de la Aduana respondió con una larga y floja aclaración tratando de demostrar tal candidez que hasta los mismos angelitos del cielo hubieran envidiado. El punto de su defensa era no haber sabido nada del caso hasta cuando el vapor había prácticamente salido. Que el vapor estaba anclado a seis millas de la ciudad, añadía, y que cuando el inspector bajó del barco ya éste se preparaba para zarpar y zarpó al momento de entregar él su informe a Sandford. Cobb aceptó tan desmañada disculpa pero le advirtió que debía evitar se repitiera un caso semejante. La reprimenda surtió efecto, pues el 16 de diciembre el dueño del **Fashion** solicitó permiso de salida para la goleta **Queen of the Sea**, con cargamento y mercaderías destinadas a San Juan del Norte. A Mobila había llegado días antes una partida de emigrantes que se suponía querían embarcarse en la goleta. Sanford le retuvo sus documentos de embarque, a pesar de las fuertes críticas de la opinión pública. La noche después de esto se celebró un mitin en el que un ex-gobernador y otros prominentes

(1) House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess., 24 - 27; 39 - 44.

ciudadanos fustigaron con aspereza la política del gobierno. Y fue tan fuerte la grita popular que el Administrador pidió al Secretario del Tesoro respaldar públicamente su conducta. Cobb respondió diciéndole: "Los motivos que tuvo usted para negar la salida justifican su actitud, y este Ministerio lo respalda plenamente. (1).

La evasión del **Fashion** hizo que el gobierno aumentara la vigilancia para impedir el envío de refuerzos a Walker. El Capitán J. C. Mackey, ex-filibustero de quien se venía sospechando que reclutaba gente en Carolina del Sur, fue arrestado en Charleston, pero al permitirle salir del juzgado en busca de fiador desapareció sin dejar huella. Cobb recomendó a los Administradores de la Aduanas de Galveston y Nueva York vigilar de cerca al **Fashion**, que se esperaba volvería pronto a llevar más filibusteros a Nicaragua; y Toucey ordenó a la fragata de vapor **Susquehanna**, estacionada en Cayo Hueso, partir en el acto a Cabo de Gracias a Dios, y desde allí bordear la costa hasta San Juan del Norte. (2).

El **Fashion** zarpó el 14 de noviembre. Apenas entrado en aguas internacionales, los hombres se organizaron en un batallón de cuatro compañías. De los filibusteros a bordo treinta habían estado con Walker en su última campaña, y seis pertenecían a la Falange de "aquellos cincuenta y seis primeros". Hornsby, Anderson, Fayssoux, Swingle, Bruno von Natzmer, y el infatigable luchador y muchas veces herido Henry eran del número de los que iban dispuestos a volver a encarar los infortunios de una campaña tropical. Volvía también con ellos John Tabor a reanudar sus labores periodísticas en **El Nicaragüense**. Henry, ahora con grado de coronel, ejercitaba diariamente a los reclutas poniendo especial empeño en los detalles rutinarios del servicio militar, como decir montar guardia y colocar centinelas; Swingle, por su parte, les enseñaba a fundir balas y fabricar cartuchos. Avistaron tierra el 23, pero el vapor, en vez de aportar en

(1) House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess., 44 - 46.

(2) House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess., 29 - 32; 49 - 56.

San Juan del Norte se dirigió a la boca del Río Colorado, ramal meridional del San Juan. En este punto echáronse al agua tres botes y se ordenó a una de las compañías, la de Anderson, desembarcar armada. Remaron río arriba bajo un copioso aguaje, y el **Fashion** volvió al mar. Toda la noche el vapor bordeó la costa y a las siete de la mañana del 24 entró resueltamente en la bahía de San Juan del Norte poniendo proa a Punta de Castilla. Atracó el vapor al costado del casco de un viejo barco varado de la Compañía del Tránsito que ahora hacía de muelle, y cinco minutos después todos los filibusteros pisaban tierra. (1).

Todo esto se realizó ante los propios ojos de los oficiales de la corbeta americana **Saratoga**, estacionada allí precisamente para impedir el desembarque. Parece que el Capitán Chatard no vio nada anormal cuando el vapor entró intrépidamente y pasó por su lado con sólo unos quince hombres en cubierta; supuso que el barco traía una cuadrilla de trabajadores americanos a reabrir la ruta del Tránsito. (2). Grande fue su contrariedad cuando vio a varios centenares de hombres armados de rifles saltar de la borda al casco del viejo barco. Se vio en el acto ante el problema que antes atormentara a Almy. Estando como estaban en puerto neutral no quiso disparar contra el vapor para impedir el desembarco, y viendo a los hombres ya en tierra no tenía ningún poder sobre ellos. Muy angustiado escribió en seguida a su jefe superior, el Comodoro Hiram Paulding, entonces en Colón, pidiéndole con urgencia venir a San Juan del Norte. Unos días después de la llegada de los filibusteros arribó el vapor de pasajeros inglés **Dee**, al que Chatard consiguió hacer salir varias horas antes de la hora señalada con su mensaje a Paulding, todavía en Colón. Junto con el despacho oficial enviaba Chatard a Paulding una carta privada lamentándose de su propia estupidez al dejar que los filibusteros burlaran la vigilancia del **Saratoga**. "Por no sé qué causa debo

(1) Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 276, 280; **Herald**, Nueva York, 14 de diciembre de 1857.

(2) Manuscritos; Archivos, Departamentos de Marina, Flota Doméstica, II, 58.

haber estado como aturdido, y parece que así también mis oficiales . . . Le ruego, señor, venga a aconsejarme. Bailan en mi cerebro las ideas como locas y sólo veo ante mí un tenebroso futuro". (1).

El **Fashion**, que arribó a Colón casi juntamente con el **Dee**, llevó a Paulding una carta de Walker en la que se quejaba de que Chatard lo importunaba con pequeñeces. Este oficial, le decía, so pretexto de proteger la propiedad americana impidió a los filibusteros ocupar los edificios de la Compañía del Tránsito en Punta de Castilla; algunos de sus oficiales, en traje civil, se habían introducido al campamento de Walker sin acatar el ¡quién vive! de los centinelas; los marinos de la corbeta americana, en sus prácticas de tiro al blanco, disparaban sus obuses tan cerca del campamento que un tiro mal dirigido o una bala perdida podía causar graves daños; y Chatard, terminaba diciendo la carta, le había notificado que, por tener su campamento en la línea de tiro del **Saratoga**, debía trasladarse a otro lugar, ya que si el barco tuviera que disparar contra una nave sospechosa los filibusteros peligrarían. Walker, habiendo antes removido de allí a una parte de su gente para no estorbar las prácticas de tiro de Chatard, no hizo caso de esta última notificación. Ardido por la burla que de él habían hecho los filibusteros, Chatard desahogaba su rabia con nimiedades irritante provocándolos a cometer torpezas que justificaran su intervención para aplastar la expedición, y de esa manera borrar en parte la pifia cometida al dejarlos desembarcar. No bien recibió las cartas de Chatard y Walker, Paulding dispuso salir para San Juan del Norte, a donde arribó el 6 de diciembre.

Después de asentar su campamento en Punta de Castilla, Walker se quedó allí esperando la llegada de refuerzos que debía traerle Henningsen, así como noticias de Anderson, a quien dejara con una compañía en la boca del Río Colorado. El plan de Anderson era tomarse los vapores del Río

(1) Manuscritos, Archivos, Departamento de Marina, Flota Doméstica, II, 58.

San Juan para que embarcándose en ellos Walker y sus hombres pudieran seguir al interior del país. Llegó Anderson a la bifurcación del San Juan antes de que la otra gente desembarcara en Punta de Castilla; gracias a ello pudo impedir que la noticia de la llegada de los filibusteros se supiera en los fortines de río arriba y en los vapores que lo surcaban. Anderson tuvo éxito desde el principio. Para el 1º de diciembre tenía en sus manos tres vaporcitos del río y el vapor **La Virgen**, así como la fortaleza El Castillo. Walker, entre tanto, esperaba ávidamente noticias de los hombres que operaban en el río, ya que su fracaso significaría la muerte de sus esperanzas. El 4 de diciembre, sin noticias aún, se pasó la noche en vela y muy inquieto esperando saber de Anderson. Y luego todo el santo día estuvo al acecho y aguardando; y nada de noticias todavía. Los hombres comenzaban a desanimarse; Punta de Castilla era, cuando más, un melancólico y desolado arenal que las torrenciales lluvias caídas desde su llegada habían convertido en un puerco lodazal. Sin embargo, ya entrada la tarde de ese día, se vio venir un bongo sobre el río, y al acercarse pudo distinguirse a uno de los hombres de Anderson sentado en la popa, mientras que los dos bogas eran prueba de la victoria de Anderson; se trataba de prisioneros de guerra costarricenses. "¡Viva Frank Anderson!", gritó aquél cuando vio que podían oírle. "Nos tomamos El Castillo, los vaporcitos del río, y el vapor **La Virgen** sin perder un solo hombre". El mensajero contó que habían llegado hasta doce millas de San Juan del Norte en uno de los vaporcitos capturados, pero que habiéndose varado éste allí lo mandaron a él con la noticia del triunfo. Esto reavivó el abatido espíritu de los filibusteros, cuyo campamento rugió toda la noche en jolgorio y algazara. (1). Pronto creían ellos, dejarían ese inhóspito paraje para irse al paraíso terrenal del interior.

Pero al romper el alba surgió como del fondo del mar la magnífica y nueva fragata de vapor **Wabash**, de cin-

(1) **Herald**, de Nueva York, 28 de diciembre de 1857.

cuenta cañones, ondeando en su proa la insignia del Comodoro Paulding. Ancló fuera del puerto por tener esas aguas poco fondo; quedó exactamente frente al campamento filibustero. Al día siguiente amaneció allí también el **Fulton**, llegando a ser con éste tres los buques de guerra americanos en Punta de Castilla. Y ese mismo día apareció en la bahía el omnipresente pabellón británico enarbolado en la fragata de vapor **Leopard**, de veinte cañones, que fondeó cerca del **Saratoga**, y también el **Brunswick**, monstruo de los mares de noventa bocas de fuego. Este se colocó junto al **Wabash**. Ese día Paulding invitó a su mesa al cónsul de la Gran Bretaña y a los capitanes de los barcos de guerra británicos. (1).

La presencia de tantos barcos de guerra inquietó bastante a los filibusteros, pero a medida que las horas pasaban sin ocurrir nada extraordinario, se hizo creer a la gente de Walker que los barcos americanos estaban allí solamente para vigilar a los ingleses e impedir que intervinieran. Durante el día se desprendieron del **Saratoga** varios botes que remontaron el río; estos movimientos no llamaron la atención de los reclutas que simplemente creyeron se trataba de botes aguadores, pero sí preocupó a los oficiales veteranos quienes notaron que los botes no regresaban. Pasada la media noche Walker envió río arriba y en secreto a Fayssoux a ver qué hacían aquellos botes allá. Descubrió que cortaban el paso del río. De esto no se dijo nada a la gente, pero por la mañana fueron enviados Fayssoux y Hornsby a protestar ante Paulding. El Comodoro les informó que había bloqueado el río para impedir que Walker lo remontara, y que haría prisioneros a todos los filibusteros para llevárselos a Estados Unidos. Los dos oficiales filibusteros quedaron detenidos en el barco insignia, y Paulding hizo los preparativos para desembarcar fuerzas en Punta de Castilla. (2). Trescientos ma-

(1) **Life of Hiram Paulding, Rear-Admiral U.S.N.**, por Rebecca Paulding, Pág. 183 y siguientes, (Nueva York, 1910)

(2) **Herald**, de Nueva York, 28 de diciembre de 1856.

rineros e infantes de marina fueron transbordados al **Fulton**, el más pequeño de los barcos, al cual Paulding trasladó su insignia, y lo atracó al muelle de la Compañía del Tránsito. Allí desembarcaron los hombres que tomaron posiciones a retaguardia del campamento de Walker. En el entretanto el **Saratoga** se colocó entratégicamente apuntando sus cañones sobre los filibusteros, y botes pequeños con obuses en la proa se alinearon a la orilla de la costa directamente frente al campamento. La demostración de superioridad de fuerzas era más que palmaria, y a Walker, conocer de los acontecimientos de la noche anterior, no le sorprendió la maniobra. Antes de que Paulding hubiera terminado de tomar esas medidas, Walker había dado de baja a su guardia y disuelto a la demás gente diciendo a los más exaltados —los que ardían en deseos de pelear— que resistir sería la mayor de las locuras. Paulding envió al Capitán Engle con un mensaje escrito a Walker intimándole la rendición. Ambos, al encontrarse, se dieron la mano, y Engle le entregó la nota. Walker la leyó sin inmutarse, y habló: "Me rindo a Estados Unidos". Engle le pidió arriar su bandera; Walker dio la orden a un oficial. Durante la conversación que ambos sostuvieron Engle le dijo: "General, me duele ver a un oficial de su temple metido en esto. Nada me gustaría más que verlo a la cabeza de tropas regulares". Engle ordenó a sus hombres reembarcarse y volver al **Fulton**. Varios mensajes verbales se cruzaron Paulding y Walker, y uno de tantos, tergiversado por el emisario, ofendió grandemente al Comodoro. Queriendo él mostrar consideración a Walker, le mandó a decir que sus oficiales y soldados serían alojados aparte. Walker respondió que no le estaba pidiendo ningún privilegio, a lo que Paulding, tomando eso como altanería, ordenó lo embarcaran inmediatamente en el **Fulton**. Los que después ocurrió lo diría mejor el propio Paulding en carta a su esposa: "Después que dí la orden (la de embarcarlos) vino a verme, y este demonio corajudo, que había segado tantas vidas, vino a mí, se humilló y sollozó como un niño. Comprenderás que

me enternecí como una mujer, y desde ese momento lo he tenido como huésped en mi camarote. Ahora conversamos y reímos como si nada hubiera ocurrido, y tú dirías, al verlo departir con el capitán y conmigo, que es uno de los nuestros. En un tipo listo y hay que serlo igual para tratar con él. Lo saqué de territorio neutral tomando una medida extrema. Esto puede llevarme a la presidencia o costarme mi destino". (1).

Fue impresionante el encuentro de estos dos hombres que se veían por primera vez, y los oficiales y tripulantes apenas pudieron disimular su asombro cuando en la cubierta del **Fulton** apareció el filibustero. La gigantesca estampa del Comodoro en uniforme contrastaba extrañamente con la diminuta figura del General en oscuro traje de civil; y los allí presentes notaron que los ojos de Walker rojeaban de sangre, claro indicio, según testimonio de Paulding, de que había llorado.

Fue una ironía del destino que al momento de rendirse Walker a Engle, y de ser arriada su bandera de la estrella roja, el retrasado vapor del río que encallara doce millas río arriba, apareciera con doce filibusteros que traían a bordo treinta prisioneros costarricenses. Un pelotón de marinos se apoderó del barco, liberó a los prisioneros, capturó a los filibusteros, y puso el vapor bajo la guardia del Agente Comercial de Estados Unidos en San Juan del Norte. C. J. McDonald, el agente de Morgan y Garrison que acompañaba a Walker en su viaje a Nicaragua, reclamó el vapor en nombre de sus jefes, pero Paulding se negó a ejercer funciones salomónicas.

Cuando Walker se rindió, unos cuarenta filibusteros se enmontañaron con la idea de seguir río arriba en busca de Anderson. Al siguiente día salieron marinos a buscarlos al monte; al anochecer habían hallado a treinta y dos. Los otros remontaron el río en un bongo. La noche después de la rendición los sanjuaneños invadieron el campamento y lo sa-

(1) **Life of Hiram Paulding**, Pág. 183 y o t ras, por Rebecca Paulding Meade.

quearon lindamente. Mucho de lo que no pudieron llevarse lo enterraron para sacarlo después. Lo que de provisiones quedaba en el campamento pasó al **Wabash** para ser entregado a las autoridades estadounidenses. Más de un filibustero, encolerizado por el triste desenlace, hizo añicos su arma contra el suelo.

Los oficiales y soldados, a excepción de Walker y John Tabor, fueron embarcados en el **Saratoga**, y el 12, a menos de un mes de su salida de Mobila, iban de vuelta a Estados Unidos. A Walker no lo embarcaron en esa nave debido a su enemistad con el Capitán Chatard. El **Saratoga** llevó a los soldados y oficiales a Norfolk, Virginia, y el **Wabash** se dirigió a Colón, lugar de su estacionamiento. (1).

Walker dio palabra a Paulding de regresar a Estados Unidos en un barco de pasajeros y presentarse a su llegada a Nueva York ante el jefe de policía federal. Su comportamiento a bordo del **Wabash** fue muy diferente del que tuvo con los oficiales del **Saint Mary** cuando después de capitular en Rivas lo abordó en San Juan del Sur. Con éstos fue hurraño, pesado y altivo, mientras que ahora era jovial y condescendiente. Como llegó cinco días antes de la salida de su vapor para Nueva York, Paulding hizo todo lo posible por que se quedara a bordo con él, donde tendría mejor alojamiento que en tierra, pero una vez que el barco hubo echado el ancla, Walker rehusó permanecer allí ni siquiera para una comida más, y tomó un cuarto en un hotelucho del puerto. En él se pasó lo más del tiempo encerrado y escribiendo; a ratos, para entretenerse, se iba a pie a los talleres de reparación de la compañía del ferrocarril.

Cuando el **Wabash** zarpó de San Juan del Norte Anderson andaba todavía río arriba. El **Fulton** fue enviado a la boca del Colorado, y el **Susquehanna**, que acababa de

(1) Entre los "filibusteros" que regresaron en el **Saratoga** iban Mrs. Buttrick y sus tres niños. Su esposo era capitán en las filas de Walker.

llegar, se apostó en la desembocadura del San Juan para impedir la evasión de Anderson y sus hombres, así como el desembarco de refuerzos que para Walker pudieran venir en camino de Estados Unidos. Al saber Anderson la noticia de la captura de Walker abandonó El Castillo clavando antes los cañones y desmantelando las defensas de la fortaleza; acto continuo embarcó a su gente en el **Odgen**. El 20 de diciembre escribió al Capitán Sands, del **Susquehanna**, diciéndole que estaba dispuesto a desbandar sus fuerzas quería saber si podían entrar en San Juan del Norte. La mayoría, decía, deseaba regresar a Estados Unidos. Sands le contestó prometiéndole enviar allá a todo aquel que se entregara. (1). El 24 Sands destacó a sus hombres río arriba en botes remolcados por el vaporcito recién capturado por Paulding, e hizo prisioneros al resto de los filibusteros del **Odgen**. Anderson se rindió bajo protesta. Sus hombres, que sumaban cuarenta y cinco, fueron llevados en el **Fulton** a Colón y de allí transbordados al **Wabash**. Paulding llevó a los prisioneros a Cayo Hueso. La tercera expedición filibustera de Walker era ya cosa del pasado. (2).

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II, Págs. 67 y siguientes.

(2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II, Págs. 71'-74 - 6; Senate Ex. Doc. 63, 35 Cong., 1 Sess.